

Cultivando Virtudes

Escrito por Tomas Evans Director de Pastoral de Adultos Diócesis de Orlando

La esperanza

La esperanza es un sentimiento que busca la transformación de una realidad específica con un resultado diferente al esperado. La esperanza va acompañada de un gran impulso de positivismo. Aunque tiene cosas en común con la fe también posee sus diferencias: la fe busca cambiar una realidad espiritual y la esperanza desea cambiar una realidad más concreta del entorno o de las propias realidades personales. La fe irradia en la esperanza un sentido de confianza y supone una actitud de espera.

La esperanza, animada por la fe, permite al ser humano comprometerse con los cambios necesarios para construir el reino de Dios en la transformación del mundo y de las estructuras de pecado que oprimen a los más vulnerables.

El **Catecismo de la Iglesia Católica** sostiene que la esperanza “*corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre*” (Artículo n°1818). Por ende, es la fuerza que nos permite en nuestras actividades diarias, encontrar sentido al trabajo, enfrentar las dificultades y tener paciencia durante la espera.

La esperanza es una de las tres virtudes teologales, la cual confía en que Dios nos concede los bienes que ha prometido. Según Santo Tomás de Aquino, la esperanza es la virtud que otorga al hombre la confianza absoluta de que conseguirá la vida eterna y los medios para llegar a ella con la ayuda de Dios.

La virtud de la esperanza consiste en confiar con certeza en las promesas de salvación que Dios nos ha hecho. Esta virtud está fundada en la seguridad que tenemos de que Dios nos ama. Y se basa en la bondad y el poder infinito de Dios, quien siempre fiel es a Sus promesas.

Todos los hombres en un momento u otro de su vida se enfrentan a momentos dolorosos como el sufrimiento, la enfermedad, la muerte, etc. Es sólo gracias a la esperanza, la segunda virtud teologal, que estas realidades adquieren sentido convirtiéndose en medios de salvación, en un camino para llegar a Dios. La Esperanza nos da la certeza de que algún día viviremos la eterna felicidad.

Es una virtud sobrenatural infundida por Dios en el momento del Bautismo. Nos da la firme confianza en que Dios, por los méritos de Cristo, nos dará las gracias que necesitamos aquí en la tierra para ser felices y, finalmente, alcanzar la vida eterna. Ya que sabemos que el hombre está destinado a la vida eterna, él debe vivir de acuerdo con ese objetivo. La esperanza nos invita a ver el futuro con seguridad y confianza ya que Dios iluminará nuestro camino, guiará nuestros senderos y gozaremos de mayor bienestar.

La esperanza cristiana se funda en la fe porque nace de creer en las promesas que Dios nos ha hecho. Se relaciona directamente con nuestras acciones, es decir, mantener una esperanza sana es también buscar el mejor camino en nuestras vidas, siempre amparados por Dios. Pero, si por el contrario, nos aferramos a una falsa esperanza creyendo que Dios nos lo concederá todo sin nosotros hacer nada, esta esperanza poco servirá para cambiar las realidades que nos afectan. 11:55 a. m. Tampoco significa que haga todo lo que este a mi alcance por alcanzar la felicidad aun cuando destruya a otros en mi camino. La esperanza que Dios nos regala es aquella que, haciendo el bien por los demás, nos permite mejorar nuestro propio mundo.

Sugiero que una buena forma de cultivar la esperanza es que al final de cada día, en el momento íntimo de la oración, podamos cuestionarnos ante Dios: *Todo lo que he hecho hoy, ¿ha sido para dar mayor gloria a Dios?*

En ocasiones sentimos que disminuye nuestra esperanza pero nunca se pierde por completo. La realidad es que cuando creemos que ya no queda esperanza es cuando descubrimos que todavía existe porque nos revela que Dios nunca nos ha abandonado.

Preguntas:

¿En dónde radica mi esperanza?

¿Cómo puedo fortalecer mi esperanza?